

DON JOSE MARÍA TORROJA EN EL RECUERDO

El 20 de diciembre del pasado año 94, en su primera salida mañanera, el corazón fatigado del Profesor Torroja debí de pulsar el latido último de índole caer fulminado. Lo abrupto del suceso y, sobre todo, lo imprevisto de la noticia que inmediatamente comenzó a circular nos llenó a todos de consternación. Muchos de los lectores conocieron, sin duda a D. José M Torroja como profesor o como compañero o como amigo, e incluso a través de este mismo Boletín, pues cuando se le pidió colaboración la brindó muy gustoso, como dispuesto estaba siempre a cualquier solicitud.

Pero como le recuerdan todos, seguramente, es como catedrático de Astronomía y Geodesia de nuestra Universidad; lo era desde 1945 hasta su jubilación, prorrogada con el nombramiento de Profesor Emérito. Habría que decir, sin embargo, que también había sido ingeniero geógrafo, astrónomo del Observatorio de Madrid, Presidente de la Comisión Nacional del ICSU y de la Real Sociedad Geográfica, Miembro de Honor de la Asociación Nacional de Ingenieros Geógrafos y del Colegio de Ingenieros Técnicos en Topografía, Consejero Nacional de Educación y del CSIC, Académico de Número de la Real Academia de Ciencias y su Secretario General durante más de diez años, como lo fue de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Y además otras muchas cosas, a las que habría que añadir sus actividades, casi novelables a veces porque eran tiempos difíciles, en la observación de eclipses con fines geodésicos, desde Suecia a El Aaiún, o en la incorporación de nuevas modalidades científicas, como la geodesia espacial, aprovechando los satélites artificiales, la creación del Observatorio del Teide y su participación en el de Calar Alto, en Almería, o sus estaciones para el estudio de mareas terrestres, como la montada en el Valle de los Caídos, etc.

No desmiente Torroja la estirpe familiar de notables matemáticos, ingenieros, profesores y académicos que brotan de la figura insigne de D. Eduardo Torroja, su abuelo, uno de los hombres que más contribuyeron a sacar a la matemática española de su postración y acercarla a las fuentes creativas que en aquel tiempo, finales del pasado siglo, las centraba en Alemania. Y sorprende de verdad comprobar cómo este nieto suyo, José M María, ha desplegado una actividad que, vista en su conjunto, puede parecer frenética y que, sin embargo, la afrontaba con una aparente impasibilidad, sin mostrar agobio ninguno y haciendo las cosas ordenadamente y a su tiempo, que es seguramente el modo de hacer muchas y hacerlas bien.

No le faltaron, claro está, contradicciones y disgustos. Cómo no recordar, por ejemplo, su paso por el Decanato de la entonces Facultad de Ciencias y por el Vicerrectorado, luego, de la Universidad, en unos momentos de enorme virulencia y agitación política que golpeaba a quienes, como él, querían mantener viva la misión estrictamente universitaria de su Facultad. El amargo trance que le supuso resignar su cargo, incluso el abandono de algunos que deberían haberle apoyado, no le hizo caer, pese a todo, en descortesía ni en reproches: con actitud ejemplarmente caballerosa continuó imperturbable sirviendo a la Institución y colaborando amistosa y lealmente con todos. Y sin perder siquiera el sentido del humor.

Porque este fue rasgo destacable de su carácter. Tras una máscara de imponente seriedad, que él sabía poner muy bien, guardaba un trasfondo bromista que destapaba en el momento oportuno. Algunos que fueron sus alumnos me han contado el temor que al principio les inspiraba su presencia y su cara, hosca a veces y siempre severa, hasta que el trato subsiguiente les demostraba que aquello no era más que apariencia, buscada o no, y que detrás había una persona extremadamente accesible y cordial.

El explotaba con frecuencia esta doble vertiente para producir jocosos efectos. Yo creo que su momento culminante fue en la época de Decano, cuando nos sorprendía siempre con sus salidas, sobre todo en la comida que cada año reunía al profesorado de la Facultad. En una de ellas, cuando estaba de moda denostar a nuestra Universidad tildándola de "napoleónica", nos recibió con un gran retrato de Napoleón presidiendo el comedor; la mesa la presidía el Rector, a la sazón el ilustre ginecólogo Profesor D. José Botella Llusia. Llegada la hora de los brindis y discursos se levantó el Decano Torroja y explicó muy serio que si, que como la Universidad era napoleónica había invitado a comer al mismísimo Napoleón, que allí estaba en efigie, el cual, excusándose por no poder asistir debido a sus ocupaciones, había enviado para representarle a su hermano Pepe Botella. Hay que reconocer que el Rector, al contestarle, supo estar a la altura de las circunstancias y, con extrema habilidad, improvisó unos jocosos comentarios sobre su "hermano".

Otra de las veces el discurso versó sobre la difícil situación financiera en que se encontraba la Facultad. Nos hizo una larga relación de las gestiones con que intentaba sanearla y que le llevaron finalmente a solicitar una entrevista con el Ministro de Hacienda; y para poder acreditar su actuación había grabado una cinta con la respuesta del Ministro a su petición de ayuda económica. La cinta que puso a continuación era una conocida sucesión de carcajadas acumuladas que no serían las del Ministro pero contagiaron a toda la concurrencia.

Él mismo solía contar anécdotas personales en las que una broma de la mejor ley aparecía rebozada en tintes de circumspecta gravedad. Como aquella vez en que, con ocasión de sus trabajos en el Observatorio del Teide, le entrevistaron en un periódico tinerfeño y le pidieron después una fotografía suya para ilustrar el artículo. Prometió enviarles una con la condición, inmediatamente aceptada, de que no dejaran de publicarla porque no teníamos copias. Y, efectivamente, les mandó una foto vestido de astrónomo de historieta, tocado con el clásico gorro puntiagudo tachonado de estrellas. (Naturalmente, no se publicó.)

Contaba igualmente cómo en otro momento había mantenido en Nueva York un largo día logo increíble con un desconocido que le había preguntado algo y al que, tras las primeras frases inglesas, siguió hablándole en español porque conoció que era el idioma del otro. Este se manifestó totalmente asombrado del correcto español que manejaba Torroja y estaba convencido de que lo había practicado en Sudamérica, si es que no era de esa procedencia. Y Torroja que no, que nunca había estado al Sur de aquel paralelo. Al cabo de una conversación interminable, mantenida con su cara más seria, acabó confesándole que lo había aprendido en Madrid, su lugar de nacimiento. Puesto que él mismo lo contaba, queda constancia de que su colutor no llegó a asesinarle.

O aquella vez, también en un congreso extranjero, cuando los participantes se iban inscribiendo en el hotel, añadiendo un título académico o profesional que el recepcionista transcribía aburridamente por la semejanza de todos ellos. Hasta que llegó el turno a Torroja y dijo muy serio que era torero. Ni que decir tiene que despertó la admiración y el entusiasmo de todo el corro. Recuerda un poco a aquel Boy del P. Coloma que, tras su firma en el libro de recepción, colocó un sonoro y fantasioso "ingeniero jefe de las obras del canal de Otranto".

Muchas más cosas recuerdo y podría contar, como lo hemos hecho sus compañeros a raíz de su inesperada desaparición, pero aun lo dicho me deja un poco la impresión de que pueda tomarse como una trivial descripción de su figura. He de decir en mi descargo que ésta es la tercera nota que escribo sobre él y la primera en que me he permitido salirme de la estricta consideración de Torroja como hombre de ciencia. Próximamente, aunque probablemente no le alcance ya la salida de este número del Boletín, va a celebrar la Academia de Ciencias un homenaje a su memoria en el que se estudiará su actividad en los campos de la astronomía, la geodesia, la geografía y topografía y en el seno de la Academia misma. Tampoco este, pues, de más que haya querido ofrecer aquí -y estoy seguro de que a él le habría complacido- algunos aspectos de su persona que, siendo tan característicos, no cabe incluirlos en instancias más formales y protocolarias. Y es que, si de verdad deseamos aproximarnos al conocimiento de una persona, con la complejidad que casi siempre encierra, no deberíamos eludir, por más que pueda parecer frivolidad, hablar de estas "et dotras muchas cosas que aunascan los omes quando quieren mostrar sos sotilezas".

A propósito he querido terminar con esa cita de Alfonso X que el propio Torroja transcribe en uno de los primeros ejemplares de nuestro Boletín. Es un artículo muy en la línea de los que él solía escribir y no estaría de más que volviéramos a repasarlo, tal vez como póstumo homenaje, pero en la seguridad también de disfrutar con su lectura. Sólo eso nos quedaría ya de él, sus obras, fundadas o escritas, su recuerdo y, sobre todo, su ejemplo de hombre de bien y de amigo fiel, cuya vida contemplamos transcendida ya -también en palabras del Rey Sabio- " en otra manera más complida e más acabada ". Descanse en paz.

J.J. Etayo